
CAPITULO III

LO QUE SON LOS PARTIDOS POLÍTICOS Y EL PAPEL
QUE DESEMPEÑAN EN LOS GOBIERNOS ACTUALES.

I

METAFÍSICAMENTE considerado, el hombre es un ser eminentemente sociable, á tal grado, que este es un punto esencial en su constitución. En esto están acordes todos los filósofos, no importando la divergencia de opiniones y pareceres sobre sus destinos postrimeros, ni sus teorías sobre el origen y final puesto del ente pensante. Habrá habido grandes discusiones desde Platón y Aristóteles, padres de la filosofía pagana, hasta Comte y Spencer, que lo son del positivismo moderno; pero, á través de los siglos, nadie ha osado negar la necesidad que tiene el hombre de la vida social. Antes, por lo contrario, todos sus sistemas tienden á establecer principios de sociabilidad y perfeccionamiento en el ser humano. Y reglas y leyes todas allí convergen.

Huelga, pues, extenderse en demostraciones de este género, toda vez que ellas están á la vista y fuera

de toda discusión. Desde el Paraíso hasta el día, vemos la sociabilidad en el hombre. A poco de surgir su noble y gallarda figura á impulso del soplo divino, se impone con la majestad de rey en medio de todos los seres creados. El, altivo y bizarro, pasea como soberano en medio de aquel jardín de inefables delicias. Pero, único en su especie, no parecía estar completa su formación, faltaba algo de vital importancia: algún ser semejante que le hiciere compañía.

Ese algo surge, no como él, de la nada, sino de su propio ser, á fin de que los vínculos fuesen eternos. Recordando que el nuevo ser era parte de sí mismo, las relaciones no podrían interrumpirse, porque el trastorno entonces equivaldría á la guerra que se suscitare entre los órganos de un mismo cuerpo, ó los miembros de un mismo organismo.

Desde entonces, la venida al ser del complemento del hombre puso el primer escalón para la familia, y quedó constituida la sociedad humana.

Su origen es el mismo origen del hombre; su antigüedad data de los primeros días del mundo; su duración será la de aquél y la de éste; porque las vidas de ambos están vinculadas entre sí.

He ahí, pues, cómo tuvo origen la sociedad: Adán y Eva formaron la primera sociedad del mundo; y si para ellos, que nacieron dichosos, fué indispensable la vida social, ¿dejará de serlo para los que hemos venido al mundo predestinados á la lucha, desde un principio, y presintiendo naufragios ó derrotas?

El corazón del hombre, aislado, es capaz de perecer por asfixia, por falta de luz y aire, porque ambos elementos son la vida. Y en el lenguaje filosófico-so-

cial, ¿qué cosa es la luz? ¿Qué el aire? Al sentir de los pensadores sociólogos, las palabras luz y aire tienen que significar comunicación y trato con los demás.

Compuesto el hombre de alma y cuerpo, cada una de las partes componentes necesitan sus respectivos elementos de vida: las sustancias que nutren al cuerpo son los alimentos que fortalecen y hacen desarrollarse á las partes orgánicas que circulan por la sangre, dándoles calor y vida. Pero el alma ¿carece de elementos de nutrición? ¿O vive con la misma fuerza que sostiene al cuerpo?

Esto es imposible. Una sustancia incorpórea, una forma intangible é inmaterial, no puede amalgamarse ni sufrir la mezcla de un cuerpo material. Que si el alma tuviese las cualidades de un cuerpo orgánico, sería lo que éste, finita y perecedera.

Pero, á estas alturas filosóficas, sostener los principios del paganismo, es retroceder y lastimar la memoria de los eminentes filósofos de la más pura escuela metafísica. Por lo mismo, son odiosos Darwin y Krause.

Se alimenta el cuerpo con lo idéntico á su formación, con sustancias orgánicas; porque, siendo él capaz de descomposición, cuadra su esencia con los cuerpos susceptibles de ello. Mas el alma, esencialmente metafísica, indivisible, infinita, refractaria por esencia á las sustancias orgánicas, rechaza éstas y su intangibilidad no puede admitir la descomposición de los cuerpos susceptibles de cambio y extinción.

Pero de ahí provendría la duda de los filósofos materialistas, como Epicuro; de cómo es posible el nex-

entre dos entes de constitución metafísicamente diversa. A lo que hay que contestar con los argumentos de Santo Tomás.

Basta lo expuesto, para manifestar que, si el cuerpo necesita alimentos para no perecer, el alma también los ha menester, y ellos son de un orden rigurosamente moral.

Son del dominio del cuerpo la alimentación, los ejercicios atléticos, los principios de la higiene, funciones que contribuyen al desarrollo de los órganos. Son del dominio del alma los ejercicios morales, las discusiones intelectuales, y todo lo que puede ser un estímulo para el hombre, basado en la virtud.

Tal es la constitución del hombre.

II

Pero es imposible que funcionen ninguna de las dos partes constituyentes del ser inteligente y libre, para llenar todas sus necesidades, si no cuenta con la cooperación de los que lo rodean: solo, aunque tenga los medios necesarios, no cumple con su papel. Esle indispensable la ayuda de la colectividad, á fin lograr el objeto.

Para adquirir algo, se echa mano de algún amigo. Cuando la suerte es adversa y el ánimo está postrado, no faltará el dulce consuelo que nos brindan los sonrientes labios de algún pariente, quien dulce y tiernamente nos alienta.

¿Qué tristeza puede disiparse, cuando no se cuenta con una alma compasiva? ¿Cuántas veces perse-

guidos por la veleidad de la fortuna, estamos á punto de perecer de hambre, y entre sueños contemplamos la sublime figura del ángel de la caridad, en forma de una mujer escultural y divina?

Bien se ha dicho: el hombre, para valer, necesita de otro hombre. En términos filosóficos, esto quiere decir: el hombre, nacido para vivir en sociedad, á fin de poder tener quien le ayude en la corta jornada de la vida, esle imposible desempeñar el papel que le corresponde, solo. Por esto mismo los proscriptos son unos seres desgraciados é infelices, dignos de compasión y lástima, porque ellos cruzan por el mundo en la indigencia, sin una mano amiga que les prodigue ni una caricia, ni tampoco un pan.

Las almas solitarias, que navegan surcando las turbulentas olas de la sociedad humana, sin quien acuda á salvarlas del seguro naufragio ó de la inminente zozobra, me arrancan del pecho hondos suspiros y de los ojos gruesas lágrimas, porque no hay más triste ni digna de conmiseración que la suerte que corren los huérfanos. ¡Por eso me conmueve la soledad de los sepulcros!

Hay necesidad de vivir en sociedad, porque las reuniones son la vida; sin ellas, perecería la humanidad.

III

Esta sociabilidad es por lo que se refiere á la necesidad moral; pero existe otra razón poderosa para la vida social. Lo expuesto corresponde á una fuerza íntima, á un impulso innato, á un sentimiento de familia.

Se nace entre sonrisas y besos, los cuales se extrañan si llegan á desaparecer; y forman un influjo moral sobre el individuo, acabando con él, si faltan. Besos y sonrisas se reciben al borde de la cuna, que, entre caricias maternas, se mece, besos y caricias nos rodean hasta la emancipación. Todos estos halagos nos acostumbran á lo mismo, y hacemos después lo que nos enseñan á hacer.

Esto es tierno, es de fuerza moral sobre el corazón; porque lo engendran los sentimientos del hogar. Se impone, porque es intuitivo todo esto.

Pero, para la sociabilidad, existen argumentos de mayor peso, razones más graves y poderosas, y éstas pertenecen á la necesidad de la defensa.

Desde la caída aciaga del primer hombre y el fratricidio de Caín, la especie se dividió en grupos y familias, para venir más tarde á constituirse en tribus, y éstas en pueblos. Corriendo los tiempos, y á través de la multiplicidad humana, surgieron las desavenencias entre tribus y pueblos, ya sea que la raza iba degenerando, desconociendo su mismo origen, ya sea que sus miembros iban tornándose díscolos y agresivos.

La explicación parecía natural, máxime si se tiene presente el rápido desarrollo de la especie humana y el poco recinto superficial que tenían como terreno habitable. Es probable que las reyertas hayan provenido por cuestión de intereses, ó rivalidades de cualidades y condiciones propicias de grandeza; pues, caído el hombre, pudo tener al frente todo lo bueno y todo lo malo: si antes sólo lo primero conocía, ya pecador, palpaba lo uno y lo otro, y era más inclinado á lo segundo.

Las pasiones están siempre despiertas por los delirios de grandeza, porque entre las cualidades morales del alma, la que más se arraiga y se desea, es la superioridad, como que sólo el que sobresale en virtudes entre los demás, es el que cumple con su destino. El alma tiende á lo superior, porque el Ser Supremo la llama, El la formó y participa de su esencia divina. Por lo mismo, las tendencias á lo grande se agitan siempre en el corazón del hombre, y no tolera que otro le supere en este sentido: á todo el que pretenda sobrepujarle, le toma odio y rencor profundo, y, traspasando el límite, atenta contra la vida del prójimo, porque le indigna su superioridad á él.

Algo parecido le pasó á Caín: furioso porque su hermano Abel era mejor que él, le quitó la vida.

Fresca la memoria de este fratricidio entre las primeras tribus pobladoras del mundo, les quedó el recuerdo de la imitación. A medida que crecían, las disputas iban en constante aumento, porque los intereses enardecían más y más las pasiones y los ánimos.

Es evidente que de allí tuvieron que surgir los pleitos y las dificultades; y para tener la victoria más segura, los miembros de un mismo tronco establecían pactos de alianza para repeler ó atacar al enemigo.

De este modo, lo que antes se hacía como necesidad de familia, después tomó el carácter de necesidad de intereses. Más tarde, se llegó á hacer la alianza aun con distintas tribus, por razón de Estado, y la mayor ó menor fuerza de cada alianza, era la que se imponía, siendo como una especie de fortaleza para contener los atentados ó los avances de los invasores.

Terribles luchas, á cuerpo limpio, se sostuvieron entonces, disputando algún pedazo de tierra; y época hubo en que, olvidando por completo los intereses ultraterrenos, los habitantes del mundo sólo defendían los terrenales, porque ya ni memoria tuvieron, en su peregrinación, de Dios. En situación tan lamentable, todo se redujo á luchas de unos contra otros, invadiendo posesiones, pretendiendo cada pueblo ser más grande que el otro, para imponerle leyes y reducirlo á la mísera condición de esclavo.

Entregados al más desenfrenado vandalismo estaban, cuando sobrevino la universal inundación, en la que perecieron hombres, intereses y todo. A algunos pies de altura subió el agua, albergando en su seno cuanto en la tierra había; flotaban los cadáveres á impulso de la fiera marea de las ondas, como la hoja que arrebató el viento. Y sobre la superficie turgente de aquel mundo de aguas, surcaba tranquila la barca del único recuerdo de la especie humana: era aquel ser el justo Noé, que por orden divina se había encerrado en aquella nave con los suyos.

Bajadas las aguas, seca la tierra, saltó á ella el hábil piloto con sus hijos y haberes.

Y volvió á poblarse el mundo: cada vástago de Noé formó una familia, del seno de la cual nació un pueblo. Llamados los tres hijos de Noé Sem, Cam y Jafet, cada tribu tomó el nombre de su fundador, y se dispersaron de nuevo los hombres por la ancha faz de la tierra conocida hasta entonces.

Sem, pobló el Asia; Jafet dió origen á Europa, y Cam extendió su prole por el Africa. Los pueblos

formados tuvieron los caracteres de sus fundadores: á través de los habitantes de cada pueblo se legan las cualidades de su jefe. Por esto el asiático es sumiso y con tendencias al imperlo; el africano, bajo y cruel, y el europeo, altivo y con el poder de la inyectiva, propenso á los frecuentes cambios de vida y gobierno. También el asiático es de elevada imaginación, soñador, afecto á enseñorearse y á tener esclavos á sus pies y muchas mujeres á disposición. El africano es incapaz de discurso; para mejorarse, tiende siempre al salvajismo. El europeo es amante de la libertad; aunque viva sujeto é imposibilitado, siempre aspira á sacudir el yugo y á proclamar los principios humanitarios.

A esta última estirpe perteneció el pueblo hebreo, porque de él nació Europa; y todos los que descienden de esa raza tienen las mismas pasiones: ardientes hasta la locura, grandes hasta la sublimidad. A ella pertenecemos los americanos.

Pero aun divididos los tres hermanos, hijos de Noé, los miembros de cada uno formaron grandes pueblos, que procuraban unirse para rechazar las amenazas de los otros dos, si pretendiesen invadir sus dominios. ¡Siempre el espíritu de unión por los intereses y para defender los intereses!

IV

Tal es el origen y tal es la razón del espíritu de sociabilidad. Ambos remontan á los primitivos tiempos de la humanidad, porque su necesidad tuvo principio con la caída triste del primer hombre.

Es incuestionable que, atendido lo embrionario de aquellos pueblos, nada había perfecto entre ellos, mucho menos el espíritu de asociación, idea de las más difíciles de las sociedades modernas. Si aun en el día no llegamos á un grado pluscuamperfecto en ese sentido, érales imposible tal grado á aquellos pueblos de instintos antisociables.

Pero, en todo caso, cierta sociabilidad, aunque bien imperfecta, existió; y la idea de lo bueno y de lo malo debe ser relativa, por cuanto su concepción depende de la mayor ó menor cultura intelectual.

En los tiempos modernos, entendida la gran cultura de civilización á que hemos podido llegar, el espíritu de asociación es más perfecto y el sentido de la palabra más amplio; no sólo se procura la unión entre los descendientes de un mismo tronco, sino también entre personas allegadas por las simples relaciones de amistad, ó animadas por los mismos sentimientos humanitarios, á fin de ir en ayuda del desvalido.

En una catástrofe, sin distinción de ideas ú opiniones, todas las personas de generosos sentimientos se unen para socorrer al indigente. En una quemazón, en una inundación ó en cualquiera otra calamidad que agobia á algún pueblo, se juntan aun los elementos divergentes para salvar al oprimido, proporcionándole pan y hogar, en recompensa del pan y hogar perdidos.

Sólo que se necesita para estas asociaciones modernas algún punto común entre los socios; algún sentimiento que los pueda afectar por igual. En las grandes catástrofes, el punto de contacto es el ejer-

cicio de la caridad, porque ella es innata en el corazón humano, y mueve á todos á un mismo tiempo.

Estas consideraciones de un orden abstracto, pueden tener aplicación en los casos concretos; porque en las asociaciones, sean ó no piadosas, se persigue un fin, el cual suele ser de vital interés para uno ó para muchos. Si el interés es de uno, no hay necesidad de asociación, puesto que por sí lo puede conseguir. No pasa lo mismo cuando en el mismo fin están interesados muchos; en este caso se juntan todos los elementos aislados, para formar un todo, y de este modo facilitar la consecución pronta del objeto deseado.

A este orden de cosas pertenecen las cuestiones políticas.

V

Ni la caridad, cuyas acciones se procura que se prediquen en las sombras, á fin de que «la mano izquierda no sepa lo que hace la derecha;» ni los intereses individuales, cuya custodia y conservación es de derecho divino; ni las cuestiones religiosas, que han sido causa de innumerables derramamientos de sangre, de luchas sin cuento y de sangrientas guerras, agitan tanto los ánimos, despiertan las pasiones y fomentan rencores y odios, como los asuntos que se relacionan con la política. El hombre social, el hombre religioso es distinto del hombre ciudadano. El primero tolera todo, sufre todo, calla todo y todo lo sobrelleva con prudencia y calma, imponiéndose la resignación, triunfando el raciocinio, batien-

do palma la lógica. Pero el segundo jamás puede resignarse ni quiere tolerar á nadie; á todo trance desea su propia victoria, imponer su voluntad é implantar su capricho. El no argumenta ni conoce la razón: el Estado pide, hay que darle al Estado algo que no impugna su credo y tenga intimidad con su creencia, con sus principios y con sus ideas.

Todos los hombres perdonan, olvidan y relegan á la fatalidad y al acaso lo que ya pasó; pero el político, el estadista de ocasión, el que desea mando para imponerse, el de las tendencias al gobierno, ese.... ni olvida ni perdona. Derrotado y vencido, es provocativo y hierve en su pecho la venganza; triunfante y vencedor, es déspota y abusivo, arbitrario y hostil.

A los políticos, habladles de ciencias, artes y religión, y no pretenden humillar á nadie, ni tienen aspiraciones á superar; mas tocadles cuestiones de política, contradecidles en su credo y manera de ser en asuntos de gobierno, y tendréis, en vez de hombres de razón y sentido, fieras humanas: tiemblan y rechinan los dientes y toman una actitud feroz y amenazante.

Tales son los hombres de política.

Y, no pudiendo obrar solos, se buscan y se convocan para reunirse, porque saben que de la unión nace la fuerza.

De ahí nacen también los partidos políticos.

Cuando esas agrupaciones se componen de hombres de talento, para atraer á las masas, se convierten en verdaderos predicadores: son filósofos que andan buscando prosélitos y conquistando partida-

rios. Veces hay en que pueden contar en sus filas millares de personas, y todas ellas tienen sus propias tendencias, las mismas miras, y aspiran á los mismos fines.

¿Cuál es el objeto directo de los partidos políticos? Claro está: quieren gobernar, quieren los destinos del pueblo, las riendas de la república.

Como en todo ha evolucionado el mundo, en política ha llegado al colmo del progreso. Estos mismos partidos, que, por ideas religiosas ó cualquier otro motivo, arrojaban á un país en una guerra, obedeciendo á la voz de mando, ahora son los únicos dueños de las naciones y el azote más temible de los gobiernos, aunque en el día han trocado la espada por la pluma, la guerra de sangre por la tribuna parlamentaria. Ya no son los guillotineros de Francia, que bebían la sangre de sus rivales, ya no los garibaldinos, desalojando las tropas pontificias de Roma, dando el audaz golpe contra el poder temporal de los Papas; ya no los feroces jacobinos que todo lo devastaban, como bárbaras hordas salvajes, al arrojarse sobre su presa: de aquellos fanáticos políticos apenas sí quedan reliquias. Ahora, aunque es tenaz, la pelea es de otra índole: levantan pueblos, arman ejércitos y cambian sistemas de gobierno, con sólo el poder de su palabra.

A tal grado ha llegado la evolución en achaques de política.

Los partidos políticos saben movilizar ejércitos, porque ellos forman los ejércitos más disciplinados; saben mandar gente al combate, porque ellos son los primeros combatientes; saben gobernar, porque han

650

sido gobernados. Ellos son jefes y subalternos, generales y soldados, y pueden, en momento dado, hacer rodar doctrinas y sistemas, caciques y magnates.

También, sin presentar cuerpo de combate, influyen en el ánimo del pueblo, porque los partidos se componen de todas las clases sociales, y tienen adictos tanto en los palacios del poder como en las cabañas de los humildes pastores. Cuentan con elementos sabios y con personal escogido. Cuando ellos quieren, pueden obrar con presteza y hacer cambios, para los cuales no escatiman ni fuerza ni dinero.

Si antes era su obra destructora, ahora lo es de construcción; y el país avanzado es aquel que cuenta con partidos políticos más poderosos y disciplinados, porque con ellos dispone de elementos de consejo y de elementos de combate, y unos y otros lo harán encarrilar por las amplias vías del progreso.

De manera que no puede ser más poderoso ni más noble el papel que desempeñan los partidos políticos en las naciones modernas: de ellos nacen los jefes de Estado y el personal de los gobiernos, y de ellos depende el destino de la república. Por lo mismo, mientras más disciplinadas sean sus filas, más útiles serán á los países en cuyas luchas intelectuales toman parte.

Entre nosotros salta á los ojos su conveniencia. Si en Europa son necesarios, en la América son de necesidad primaria, porque los pueblos jóvenes son más fogosos que los viejos, y requieren más calma y tino para contener sus impulsos bélicos. Sin grupos directores en política, retrocederíamos en nuestra marcha evolutiva.

La dificultad está—admitida la bondad de los partidos políticos—que ellos estén animados de un espíritu protector de los derechos del pueblo, según la inteligencia constitucional de la república. Si, efectivamente, aman á la república, tienen que amar y respetar al pueblo que la constituye; de lo contrario, serían unos apóstoles mentidos, unos falsarios é impostores, de la ley los más temibles enemigos.

En política pasa lo que en los hogares: para el mejor gobierno de éstos, se reparten los cargos entre los diversos miembros que los componen.

Así las cosas, los partidos son útiles é indispensables en nuestro país también, porque tienen que ser los mentores del pueblo y enseñarle sus obligaciones y sus derechos constitucionales.

Cuando se formalicen bien las diversas facciones políticas existentes y formen verdaderos congresos, entonces cesa el estallido de los cañones, para oírse la voz del orador parlamentario, predicando á las masas los beneficios innegables de una paz estable; y ese grito tribunicio será saludado con las salvas que producen los silbatos de las locomotoras, deslizándose sobre los rieles de un ferrocarril que acorta las distancias, y los de las fábricas industriales, que anuncian la labor tranquila del hombre que se gana el pan con el sudor del rostro en las arduas tareas de la lucha por la vida.

¡Tal sería el producto de los partidos políticos bien organizados!